

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XII

Abril de 1935

Núm. 118

Puntos de vista

Peripécia del escritor

También hay un drama del escritor, mal que pese a los que suponen que el escritor es un ser sin dramas, puesto que vive dedicado a forjarlos, o a examinar el drama de los otros. Pero vive suspendido sobre un abismo y es, menos el receptáculo de las inquietudes actuales que el espectador de su propia e inevitable amargura. Hay también un drama en creer o imaginar que se domina el mundo externo, que se le entiende en todas sus complejidades, sólo porque se cree dominar la simplicidad del mundo interno personal. Paradoja. El escritores tá lejos del pueblo, que no lo entiende y distante de la burguesía a la cual él no puede sentir. El escritor tiene todas las apariencias de un burgués; vive como un burgués; pero sus rebeldías, sus sentimientos íntimos e inconfesables están por encima de la burguesía. La burguesía tiene el instinto de este drama y en cierto modo lo adivina. No cree en el escritor y el escritor, a su vez, adivina o siente el rechazo de la burguesía.

En América se ha venido a comprender, a exigir ahora al escritor una misión especial: orientador de masas. Tal es el contrasentido de la opinión americana. Nunca el escritor fué tenido en cuenta, pero por el hecho de saber esgrimir una pluma se le exigió más de la cuenta; y se pensó que eso autorizaba para que se erigiera en maestro de multitudes. ¿Pero cuándo el escritor estuvo

cerca de las masas? ¿Cuándo fué intérprete de la pasividad agresiva o brutal de las masas? No hay memoria. La entrada del escritor en el dominio del proletariado, digámoslo así, es exclusivamente producto de la post-guerra. Antes de esa fecha el escritor en América fué un ser pasivo, un elemento de adorno, un caso pintoresco de las sociedades, un rebelde anarquizante o un revolucionario político. Se entiende que decir político es decir, sometimiento a la burguesía o a los clanes que ordenaban directivas determinadas en los negocios de Estado. El siglo XIX, por ejemplo, está lleno en todos los países de escritores revolucionarios. O lo que es lo mismo, de escritores que fueron políticos, que combatieron por la libertad política. ¿La libertad del pueblo? No. Ese romanticismo que hoy aparece como un envión gallardo era simplemente lucha de partidos lucha de grupos o de tribus.

La literatura novelesca actual de América (de una parte de América, la tropical) está empeñada en una lucha a muerte con la naturaleza, con el hombre carroña. Decimos con el hombre carroña porque se está buscando la parte más trágica del hombre, del indio, del peón o del labrador para elevarla al plano novelesco o al plano dramático. Es decir, se humaniza sin pretexto de humanización, porque todo ese espectáculo de la explotación es, no una conseja sino una realidad terrible. Esta literatura evidentemente, hiede. No es apta para menores. . . literarios, ni puede satisfacer la sensibilidad frágil y escurridiza de los apolíneos. Está lejos de ser una concesión, aunque a veces extreme demasiado la nota y se salga de madre sólo por el placer de hacer de la vida un espectáculo demasiado brutal y repulsivo. Cada página de esos libros manifiesta la esencia del hombre en su expresión más baja y cruel. Los personajes son meros despojos de inacabables naufragios. Tiritan sus carnes magulladas, sofrena el corazón sus latidos para esperar la muerte; se tienden como los reptiles o se entregan a la fatalidad o a la lucha, con la conciencia de no lograr nada. Reaccionan a medias. Están condenados por una organización secular que los tiene atados desde hace siglos. En los padres, en los hijos, en los nietos.

Por ellos está revelándose el escritor nuevo que va de las ciudades, a los campos o selvas que siente superficialmente sus tragedias, y las describe desde su cómodo gabinete. Esta es la literatura proletaria a medias. A medias, porque los instrumentos todavía son burgueses. Y los escritores aun no han salido enteramente del dominio burgués.

El drama del escritor, es pues, una tentativa constante de evasión de su medio, sin lograrlo nunca. Cae en cada recodo, se levanta para empezar de nuevo. Pero el proletario no lo siente. Ni lamenta sus caídas ni se alborozaba con sus levantadas. Le es indiferente. Y por su parte la burguesía procede de igual suerte. Le ve mover sus energías para defender la clase de abajo y no se interesa por nada de lo que dice el escritor reivindicacionista. Un núcleo de gente espectadora grita al escritor que se mezcle en las luchas políticas y sociales. Otro grupo quiere contenerlo en ese que estima inútil empeño. Unos y otros burlan al escritor. Y como un péndulo oscila entre aquel llamado y esta contención. Su drama es no entender ni la hora, ni las luchas. Su drama es el drama del declassé, del desarraigado. Un día va a luchar por unos y siente al poco tiempo el desengaño, la repulsión. Al día siguiente por los otros y retrocede igualmente asqueado. Retórico o filósofo de gabinete, no es sino la negación de la dramática condición del hombre solitario que se hace fuerte, por la sola voluntad del sacrificio.

La política lo ha tomado como elemento de explotación, temible, al que se debe mantener alejado de toda función, porque el escritor es la pupila que observa, el arma que rasga y ahonda en la mísera realidad. En América no tiene grandes masas a su espalda y por lo tanto no quita ni pone rey. Un escritor en América lucha denodadamente contra el ambiente y el ambiente responde apenas a la sugestión que crea o determina una obra de creación. Ocurre que a veces ni se dan cuenta de la existencia de un escritor.

El drama pues, tiene incontables aspectos. Pero en gran parte ellos han sido alimentados por el propio escritor. Una literatura

escasa de tónica humana, tiene forzosamente que producir, a la larga, un hastío y una decepción, profundos en el ambiente. El estetismo de que ha adolecido la literatura americana, sin excluir país alguno de este continente, ha provocado esta especie de dispepsia literaria, para la cual no hay sino un solo y potente remedio: la construcción de figuras humanas, el sentido y la fuerza de actos humanos que representen la potencialidad del país con sus dramas verdaderos que hay que sacar del fondo obscuro de la indiferencia y del desdén. Acabar con los lloriqueos y las frías virilidades. No se puede hacer juegos malabares, ni figuras retóricas, ni artificio de imágenes líricas en suspensión en un aire cargado de presagios y de angustias de todo orden, sin hacerse reo de la responsabilidad que tal juego estéril supone.